

EL MISTERIO DEL MAL*

Introducción

El propósito de este trabajo consiste en penetrar el misterio por el cual Dios, máximamente Bueno y Sabio permite el mal en el mundo.

A fin de poder alcanzar este objetivo se intentará profundizar las nociones de misterio, mal y Providencia.

Se considerará la ubicación del tema dentro del campo de la metafísica teniendo en cuenta que se trata de un tema límite dentro de la filosofía. Asimismo se mostrarán aquellas premisas, que supone la cuestión aquí analizada, que son: el mal en el mundo y Dios.

Al avanzar en el tratamiento de este misterio se tendrán especialmente presentes las dificultades gnoseológicas que surgen de considerar el objeto de estudio de la filosofía primera. Este misterio se profundizará tomando especialmente el análisis que de él realizan Santo Tomás de Aquino y Wilhelm Leibnitz.

La elección de dichos autores se funda en el particular interés que manifiestan en sus obras acerca de esta cuestión. Asimismo valoro no sólo la rigurosidad filosófica con la que tratan el tema sino también el cuidado con el que se acercan a misterios que tanto comprometen nuestra existencia.

Así también recorreremos un poco la historia del misterio del mal a fin de comprender mejor a Santo Tomás de Aquino y a Leibnitz y profundizar la cuestión de la permisión de Dios del mal en el mundo.

Así cuando el proceso a realizar es arduo e inclusive en un primer acercamiento al tema podemos ver la gran dificultad que develar este misterio presenta, quiero intentar mirar hacia él y penetrar aunque sea un poco para poder comprender mejor este mundo en que vivimos y para tener un corazón más grande y misericordioso con aquellos que atraviesan la experiencia del mal y están invadidos por una gran oscuridad interior.

Que este trabajo nos permita enriquecer nuestro conocimiento sobre la realidad y aumente nuestra fe en un Dios que nos sostiene con un abrazo eterno.

I. APROXIMACIONES AL MISTERIO

1. Búsqueda de un título

Todo trabajo de investigación debe llevar un título que posea dos características: la de “decir algo” acerca del contenido y resultar atrayente o interesante para quien ha sido escrito.

Siendo este trabajo producto de largo tiempo de meditación y “maduración” y no considerando aún haber alcanzado a penetrar lo suficiente en el tema, pero intentando profundizar en él, es que en este escrito he encontrado alguna dificultad en designarle un título.

Habiendo señalado algunas características que un título debe poseer, principalmente la cuestión consiste en que el nombre que habitualmente se utiliza para señalar el tema aquí tratado no incluye todo lo que esta búsqueda implica.

Sabemos que comúnmente se denomina “problema del mal” a aquella cuestión que surge como resultado del planteo de la objeción a que “Dios es” basada en el “padecimiento del mal en el mundo”.

Es preciso señalar que la razón por la cual no he elegido este nombre para este trabajo no es porque el tema no se relacione con el nombre, sino porque el sustantivo problema no es aquel que “diga más” o “indique mejor” qué es lo que se va a encontrar y de qué manera se enfocará la cuestión.

Así es que he considerado que el título que llevaría no sería el de “El problema del mal” sino que en él aparecería el término **misterio**.

La preferencia por este enfoque está relacionada en principio con la primerísima impresión que recibía del encuentro con los primeros textos sobre el tema. Percibía con gran impacto la avidez con que se investigaba, la rigurosidad lógica que se utilizaba y la profundidad en el planteo del problema y en el análisis de sus partes. El mismo espíritu de búsqueda y las grandes inquietudes eran transmitidas rápidamente y me invitaban a penetrar con esfuerzo y mucho cuidado el problema. Pero luego de recorrer con atención e intentar acompañar el proceso del autor percibía que era mucho mayor el esfuerzo dedicado y el entusiasmo transmitido en el desarrollo de las obras que aquellas conclusiones a las que llegaba. Con igual entusiasmo

* Este artículo está basado en mi tesis de licenciatura, presentada en la UNSTA, dirigida por el Dr. Gabriel Zanotti, aprobada en el mes de diciembre de 2000.

trataba de entrar firmemente y a la vez con delicadeza en el tema pero en todos los casos nuevamente me invadía una gran desilusión. ¡Cómo es posible que un autor, que con tanta profundidad se ha preguntado, se conforme con tan poco! ¡Cómo le alcanza con estas pobres conclusiones!

No comprendía cómo pensadores tan importantes y con tanto tiempo de sus vidas dedicado a investigar sobre este tema y que habían ahondado tanto en esta búsqueda podían conformarse o contentarse con conclusiones tan insuficientes. Todo el entusiasmo con el que me acercaba al problema se desvanecía al encontrarme con la medianía de lo alcanzado. Al mismo tiempo sentía que yo debía al abordar el tema no perder ese espíritu inquisitivo hasta el final del trabajo y por supuesto, en ningún momento permitir que la desilusión opacara el esfuerzo de la búsqueda.

Luego de varias lecturas, conversaciones, discusiones, meditaciones y largos silencios, intenté volver a mi esquema principal sobre la investigación, e inmediatamente se hizo presente en mí el hecho de que aquel punto en el que encuadraba este trabajo era el que se llama “Límites de una verdadera sabiduría”. No debía olvidar en ningún momento que estaba tratando con un tema límite de la filosofía y recordar que tales temas son aquellos sobre los cuales la razón puede penetrar pero hasta un cierto punto y donde puede decir algo (pero no todo) y es en ese “lugar” donde debe dar paso a la fe. Cuando intenta tratar la cuestión a través de la razón se encuentra con que en alguna medida interviene o necesita que intervenga la fe.

Es cierto que es un problema cómo conciliar a Dios con el mal; pero todo aquello percibido frente al querer abordar y profundizar en el tema indicaba que no era sólo un problema sino que se trataba más bien de un misterio y el camino recorrido por el autor, que yo buscaba comprender, estaba relacionada con las distintas actitudes frente al misterio.

En primer lugar, surge la rebeldía, esto es, pelear, buscar penetrar el problema con avidez. En segunda instancia, aparece la resignación que tiene que ver con la desilusión por no alcanzar a comprender totalmente o abordar muy profundamente el tema planteado. En tercer lugar, se produce el descanso o reposo frente al misterio que, si bien aparentemente se asemeja a la resignación, esta última se relaciona con la desilusión mientras que el descanso o reposo está acompañado por una tranquilidad que proviene del gozo de haber buscado, preguntado y meditado largamente acerca del tema. Aunque estas conclusiones no “parecen” tener la profundidad de los cuestionamientos realizados, en sí mismas poseen mucho valor ya que son el fruto del largo camino recorrido. Es preciso captar en todas sus dimensiones aquella conclusión que inmediatamente no nos permite vislumbrar todo lo que lleva en sí.

Así es que las actitudes que acompañaron en un principio las preguntas y respuestas que rodean el “problema del mal” y “Dios” me ayudaron a ver que estaba frente al misterio y que esas actitudes provenían de la grandeza del objeto que intentaba penetrar y de las limitaciones de nuestra inteligencia para conocer a Dios.

“El misterio del mal” ha sido el título que preferí para este trabajo, buscando comprender el sufrimiento propio y ajeno y que “Dios es”, para poder conocer mejor la realidad y profundizar en este misterio.

2. El misterio del mal y Dios

La cuestión que aquí se plantea nos enfrenta al misterio por el cual Dios, máximamente bueno y perfecto, permite el mal en el mundo.

Llegar a comprender este tema pareciera implicar la necesidad de penetrar en el plan de Dios y el gobierno del mundo. Esto es, conocer cómo Dios obra y por qué lo hace de esta manera. Pretender ver como Dios ve es un objetivo imposible de alcanzar y cabe preguntarse si nos corresponde a nosotros cuestionar a nuestro Dios acerca de su obrar.

Distinto a esto es intentar “exprimir nuestras mentes” a fin de poder analizar si es posible que aún cuando los sujetos padezcan el mal pueda Dios ser. Así también este intento puede ayudar a que cada uno comprenda mejor el dolor propio y el de los demás. No se trata de investigar directamente para consolar a aquellos que son atravesados por la experiencia del mal; pero entiendo que profundizando este misterio tal vez se pueda llevar un poco paz a quienes se encuentran angustiados y enfrentan el sin-sentido de un Dios Bueno permita el mal.

Si bien este misterio pertenece a los hombres de todas las épocas, y a su vez ha sido meditado por muchos pensadores, es cierto que habitualmente al plantearse esta cuestión no puede dejar de mirarse la vivencia que cada uno ha tenido del mal. Esta fundamental característica de este tema podría considerarse como una objeción en cuanto surgiría la pregunta acerca de la objetividad de esta investigación. Sin embargo, aunque es cierto que nos acercamos a este planteo desde nuestra propia experiencia del mal, ésta no hace más que invitarnos a buscar en el problema no teniendo el tratamiento del tema de nuestra vivencia sino que es a partir de esta búsqueda acerca del por qué Dios permite el mal en el mundo que, luego, podemos echar un poco más de luz en la historia de cada uno.

II. UBICACIÓN DEL PLANTEO

1. Encuadre del tema

La presente cuestión que intenta abordar el misterio de la conciliación de Dios y el mal en el mundo se halla ubicada en aquello que denominamos límites de una verdadera sabiduría.

A fin de avanzar o profundizar en este tema he considerado importante ubicar primeramente este planteo en el campo de la metafísica. Así como toda ciencia posee un objeto de estudio y también le corresponde estudiar aquello que cae bajo su mirada, así también cae bajo la comprensión de la metafísica Dios como causa de los entes.

De esta manera la filosofía admite una causa primera de lo creado y muestra las características que ésta posee por ser tal. En términos generales se entiende que Dios abarca todas las perfecciones, esto es, Dios es máximamente bueno, infinito, eterno, inmutable... Y es aquí que surge el planteo: ¿Cómo es posible que Dios, que es infinitamente bueno, perfecto..., permita que haya mal en el mundo? La pregunta pareciera querer apuntar a conocer el Plan de Dios. En parte es así, puesto que sería eso aquello que nos permitiría entender por qué no impide el mal en el mundo. Pero esta cuestión se le presenta al hombre como inevitable; es la persona que recibe una experiencia fuerte de lo que es el mal en el mundo y que la percibe en todas sus dimensiones y con toda su profundidad, la que le pregunta al Dios que la “sostenía” por qué sufre.

En la medida en que partimos de distintas proposiciones, como “Dios es” y “sufrimos el mal” cabe señalar que si ambos “conviven” no ha de ser contradictorio el padecimiento del mal con que “Dios es”. Asimismo esto conduce a que el mal debe “ser algo perfecto” dentro de aquello en que consiste el plan de Dios.

Al mencionar el término “Plan de Dios” me refiero al orden, inteligencia y cuidado con que Dios dispone todas las cosas en este universo. Esto implica que la pregunta alcanza a querer buscar en el conocimiento que Dios tiene de las cosas y en el amor con que las ordena y conduce.

Esto muestra en qué consiste el límite al que se refiere la expresión “tema límite de la filosofía” que anteriormente fue aludida.

Este planteo se encuentra ubicado entre los límites de la filosofía y la teología. La razón no puede alcanzar a penetrar esta cuestión completamente y debe dar paso a la fe. Así también los límites que aquí se encuentran provienen no sólo del objeto de estudio sino también del hombre que intenta conocer y encuentra dificultades que se relacionan con la capacidad o aptitud del hombre para alcanzar la verdad.

2. Consideraciones generales

Al referirnos en este trabajo a la cuestión de por qué Dios permite el mal en el mundo estamos desde un comienzo partiendo de dos premisas:

_ la primera: “Dios es”.

_ la segunda: “Padecemos el mal en el mundo”.

Que Dios es se demuestra a partir de la composición metafísica del ente finito (esencia- acto de ser). Pero aún sabiendo que es sumamente relevante este punto considero que el tratamiento de este tema merece otra investigación. Por eso me limito a marcar los puntos a partir de los cuales se puede ahondar en esta cuestión.

En cuanto al padecimiento del mal en el mundo pareciera que no es preciso demostrarlo ya que resulta ser evidente.

De esta manera se observa que la noción de Divina Providencia asume estas dos cuestiones: que Dios es y la permisión del mal en el mundo. Esto es, cómo se ubica, cómo “encaja” la experiencia del mal en el plan de un Dios que en sí mismo posee máximamente todas las perfecciones.

3. Dificultades gnoseológicas

Al pretender conocer aquello por lo cual Dios permite el mal en el mundo, el hombre experimenta diversamente los límites que posee para el tratamiento de dicho planteo.

Se considera aquí que es Dios, su obrar, su modo de conocer, aquello que se intenta comprender a fin de elaborar la conciliación entre esa inmensa bondad que es y la vivencia que el hombre posee del mal.

Así es que Dios es el objeto que se debe estudiar si se quiere esclarecer el misterio del mal. Pero es preciso recordar aquí aquella valiosísima distinción entre lo que es evidente *in se*, pero no lo es *quoad*

nos (para nosotros). Llevando esta distinción al tema aquí tratado señalo que, que Dios es y que es máximamente bueno y perfecto es evidente *in se* mientras que no lo es *quoad nos*. Siendo Dios absolutamente inteligible no alcanzamos a conocer profundamente sus caminos ni sus cualidades. Esto se debe a “la magnitud” que este objeto presenta para nosotros. Se trata de un exceso de luz (que si bien no nos inunda de oscuridad), que nos encandila fuertemente. Asimismo frente a la “inmensidad” del objeto en cuestión se hace presente los límites de nuestra inteligencia. Comprendemos de esta manera que si bien hay verdades divinas que pueden conocerse por razón, han sido reveladas debido a las grandes dificultades que encontramos los hombres al querer alcanzarlas.

Santo Tomás señala que ha sido precisa la revelación, puesto que si así no hubiera sido, las verdades divinas serían conocidas por pocos hombres, después de largo tiempo y con mezcla de errores.¹ Se muestra que son pocos hombres aquellos que las podrían alcanzar debido a las indisposiciones del físico, las ocupaciones temporales y la pereza. Se menciona el largo tiempo que lleva en relación a la dificultad del objeto, puesto que exige mucho ejercicio. Aún así el Santo muestra que el conocimiento que se obtiene es con mezcla de errores.

4. Un problema y un misterio

Con el propósito de comprender la importancia de considerar la relación entre el mal y la existencia de Dios como un misterio, intentaré exponer las características del “problema”, teniendo en cuenta que es “El problema del mal” el nombre que se suele utilizar para designar esta cuestión.

Habitualmente se utiliza el término problema que designa una cuestión que se trata de aclarar o resolver. Ferrater Mora compara al problema con un nudo que está fuertemente atado y que es preciso deshacer. Es cierto también que los problemas llevan implícitos preguntas, pero cabe aclarar que no toda pregunta es un problema.

El problema es aquello que yace frente a mí pero que puedo dominar y reducir según mi parecer, aún sin que yo sea afectado. El misterio, por el contrario es aquello en lo que yo mismo estoy comprometido. Los problemas se pueden tratar técnicamente mientras que los misterios van más allá de toda técnica.

Teniendo en cuenta las diversas actitudes que surgieron al plantear esta cuestión entiendo conveniente la utilización de la palabra “misterio” para designarla. Las actitudes mencionadas muestran rebeldía frente a lo incomprensible, resignación al no alcanzar profundas respuestas y reposo en lo penetrado y conseguido acompañado por una mejor comprensión de lo conocido.²

Esta expresión de nosotros mismos frente al planteo muestra la especial participación que tiene quien intenta buscar posibles respuestas. El compromiso de nosotros mismos se hace presente cada vez que logramos arrojar un poco de luz sobre las preguntas que invaden a quien busca.

Si bien es cierto que el camino hacia vislumbrar un poco de la verdad que se esconde en el misterio se asemeja a un gran nudo difícil de desatar, la inmensa profundidad de la cuestión y la intensa luz que en sí mismo posee el objeto que se intenta conocer, llevan a señalar que estamos frente al misterio del mal. Misterio que conduce a que preguntemos ¿por qué Dios permite el mal? O ¿Cómo se ubica “el mal” en el Plan Eterno de Dios?

Éstas y otras preguntas que muestran distintos aspectos de la objeción a que “Dios es” nos atraviesan de tal forma que provocan en el hombre una crisis, esto es, la persona vive una fuerte ruptura interior que la lleva o a la negación de Dios o a la negación de la bondad de Dios. Comúnmente nadie puede ser indiferente a la experiencia del mal. Aún para aquellos que no creen en Dios, la vivencia del dolor no hace más que confirmar lo que ya pensaban. La experiencia del mal invade violentamente y suele permanecer largo tiempo en el corazón del hombre. Es por ello que aún cuando voluntariamente no queremos tomar parte o ser sujetos de este momento, estamos obligados a comprometernos y entregar todo lo que tenemos.

Y es en esta ofrenda, vivida muchas veces como una pérdida de algo que es arrancado más que entregado, que nuevamente se perciben las consecuencias de estar frente a un tema límite en filosofía. El misterio del mal pregunta, busca y cuestiona y sin embargo, nos enfrentamos a nuestras propias limitaciones y recordamos que la intensísima luz de Dios como objeto del planteo no hace más que encandilarnos e impedirnos ver con claridad. Aún así quiero recorrer el camino y buscar recibir un poco de esa luz, aunque sólo sea un rayito que ilumine y que tal vez pueda servir para ayudar a aquellos corazones que atraviesan una intensa oscuridad interior.

¹ Cfr. Santo Tomás de Aquino, Suma Contra los Gentiles, B.A.C., Madrid, 1953, I cap.4, nn. 22-25.

² Cfr. Ferrater Mora, Diccionario de Filosofía, Editorial Ariel, Barcelona, 1999, Tomo III, pp. 2418-2419.

III. OBJECCIÓN Y RESPUESTA

1. Diversas formulaciones de la objeción

Con el objetivo de comprender y penetrar en el misterio del mal expondré distintas maneras de expresar la cuestión. En ellas intentaré mostrar todos los matices que en este planteo es posible encontrar. Los diversos aspectos que en cada una puede observarse son producto de la experiencia del dolor o del mal “en algunas de sus formas” que han atravesado distintas personas.

“Si Dios fuera bueno, desearía que sus creaturas fueran perfectamente felices, y si fuera todopoderoso sería capaz de hacer aquello que desea. Por lo tanto, Dios carece de bondad o poder, o de ambas facultades.” En esto consiste el problema del dolor en su forma más simple.”³

“El problema de conciliar el sufrimiento humano con la existencia de un Dios que ama, es insalvable solamente mientras se atribuye un significado trivial a la palabra “amor”, y mientras las cosas se ven como si el hombre fuera el centro de ellas.”⁴

“_ No sería tan grande mi estupor si supiera que este desorden del universo lo determina el azar a su capricho: lo que me asombra sobremanera es saber que, a pesar de todo lo que vemos, hay un Dios que gobierna el mundo.”⁵

“Por consiguiente, queda en pie la cuestión de la teología natural: cómo un principio único, absolutamente bueno, absolutamente sabio y absolutamente poderoso, ha podido admitir el mal, y, sobre todo, cómo ha podido admitir el pecado, y cómo ha podido resolverse con frecuencia dichosos a los malos y desgraciados a los buenos.”⁶

“También me recuerdo haber oído esta fortísima razón de Demetrio: “De sólo esto me puedo quejar, ¡oh Dioses inmortales!, de que antes de ahora no me hayáis hecho notoria vuestra voluntad, para que hubiera venido primero a estas cosas que ahora estoy pronto. ¿Queréis quitarme los hijos?, para vosotros los crié ¿Queréis algún miembro de mi cuerpo?, tomadle; y no hago mucho en ofrecerle, habiendo de dejarlos todos muy presto. ¿Queréis la vida?, ¿por qué no la he de dar? Ninguna detención habrá en restituiros lo que me disteis. Todo lo que pidieredes, lo recibiréis de mí, que con voluntad lo doy. ¿Pues de qué me quejo? De que quisiera darlo por voluntaria ofrenda, más que por restitución ¿Qué necesidad hubo de quitarme lo que podíades recibir? Pues aun con todo eso no me habéis de quitar cosa alguna, porque no se quita sino al que retiene. Yo en nada soy forzado, y en nada padezco contra mi gusto, ni en esto os hago servicio; confórmome con vuestra voluntad, conociendo que todas las cosas corren por una cierta ley promulgada para siempre.”⁷

“Si la bondad de Dios no es coherente con el daño que causa, entonces o bien Dios no es bueno o bien no hay Dios: porque en la única vida que conocemos Dios nos hiere más de lo que podríamos imaginar según nuestros peores temores. Si es coherente con las heridas que nos causa, entonces nos debe herir después de la muerte de un modo tan intolerable como antes de la muerte.”⁸

³ Lewis, C. S., El problema del dolor, Editorial universitaria, Chile, 1995, p. 27.

⁴ Lewis, C. S., El problema del dolor, Op. Cit., p. 49.

⁵ Boecio, La consolación de la filosofía, Editorial Sarpe, Madrid, 1985, L. 4to., n. 5, p.169.

⁶ Leibniz, Ensayos de teodicea sobre la bondad de Dios, la libertad humana y el origen del mal: Discurso sobre la conformidad de la fe con la razón, Madrid, Tomo 5, p. 82.

⁷ Séneca, Los siete libros de la sabiduría, Edicomunicación, España, 1995, pp. 33-34.

⁸ Lewis, C. S., Una pena observada, Editorial Andrés Bello, Chile, 1994, pp. 41-42.

“Las torturas ocurren. Si son necesarias, entonces no hay Dios o hay un Dios malo. Si hay un buen Dios, entonces esas torturas son necesarias. Porque ni siquiera un ser moderadamente bueno las permitiría o infligiría si fueran innecesarias”.⁹

“En efecto: como quiera que hay cosas malas, dan margen a que se planteen dudas sobre la Providencia universal. De esas dudas resulta que unos dicen: que *no hay Providencia*, y otros: que *el Demiurgo es malo*”.¹⁰

“Si Dios no existe, ¿de dónde viene el bien? Si Dios existe ¿De dónde viene el mal? Dios, que es principio del bien, ¿puede ser principio del mal? Este es el planteamiento de la cuestiones de Dios y el mal”.¹¹

“Vendrá la segunda etapa: ¿está Dios obligado a permitir el mal? Entonces no es todopoderoso. ¿Lo permite libremente? Entonces no es bueno. Es el dilema clásico, que ha hecho tantas víctimas a lo largo de los siglos”.¹²

“¿Por qué escoger un mundo mezclado de mal? Un Dios todopoderoso y bueno, ¿no podía, no debía elegir crear un mundo exento de mal, un mundo mejor, hasta el mejor de los posibles? Si no podía, está falto de poder, si podía está falto de bondad”.¹³

“¿Qué le lleva a otorgar a la libertad espacio para decidirse, incluso contra su voluntad, la cual tiene que querer necesariamente la santidad, por ser la santidad misma? ¿Qué le lleva a crear el mundo, aún sabiendo que había de tomar ese camino tan tortuoso? ¿A seguirle, después de su caída, haciéndose hombre, tomando sobre sí su ser cargado de culpa mediante el misterio de una representación expiatoria?”.¹⁴

“Aunque Dios no concurra directamente a las malas acciones siempre las prevé y las permite, pudiendo impedir las con su omnipotencia. No se ve por tanto, cómo compatibilizar su presciencia, que permite conocer el futuro, y su bondad, con la acción moral mala”.¹⁵

“¿No podía Dios poner circunstancias favorables que evitaran ciertas acciones morales y sus nefastas consecuencias para la humanidad?”.¹⁶

“¿Dónde está mi esperanza?
Dios me entrega a los injustos
Y me arroja en manos de los malvados
Yo vivía tranquilo cuando comenzó a sacudirme,
Me tocó por el cuello y me hizo pedazos.
Me ha puesto como blanco de sus tiros,
Que me cercan completamente;
Traspasa mis entrañas sin piedad
Y derrama por el suelo mi hiel
Me llena de agujeros
Y se lanza contra mí como un guerrero
Me he puesto un saco como traje,
Y he fundido mi frente en el polvo
Mi cara está colorada por el llanto

⁹ Lewis, C.S., *Una pena observada*, Op. Cit., p. 57.

¹⁰ Plotino, *Las Enneadas*, Espasa Calpe, Madrid, 1930, Tomo II, Tercera Enneada, p. 60.

¹¹ Journet, *El mal*, Editorial Rialp, Madrid, 1965, p.47.

¹² Journet, *El mal*, Op. Cit., p. 49

¹³ Journet, *El mal*, Op. Cit., p. 75.

¹⁴ Guardini, Romano, *Libertad, gracia y destino*, Editorial lumen, Bs. As. 1987, p. 236.

¹⁵ Estrada, Juan Antonio, *La imposible Teodicea*, Editorial Trotta, Madrid, 1997, p. 202.

¹⁶ Estrada, J. A., *La imposible Teodicea*, Op. Cit., p. 205.

Y mis párpados ojerosos.
Y eso que en mis manos no hay violencia
Y mi oración ha sido pura”.¹⁷

“Fue un poco más lejos y, tirándose en el suelo hasta tocar la tierra con su cara hizo esta oración: “Padre si es posible aleja de mí esta copa””.¹⁸

“Cerca de las tres, Jesús gritó con fuerza: Elí, Elí, lamá sabactani. Lo que quiere decir: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”¹⁹

“Si uno de los contrarios fuera infinito, destruiría totalmente al otro. Ahora bien, en este nombre ‘Dios’, se entiende que sea un bien infinito. Luego, si Dios fuera, no se encontraría ningún mal. Es así que se encuentra el mal en el mundo. Luego, Dios no es”.²⁰

2. Breve referencia histórica

El misterio de la permisión del mal por parte de Dios ha sido una de las cuestiones más importantes que ha atravesado el corazón de los hombres de todas las épocas.

Muchos pensadores han intentado penetrar el tema y echar un poco de luz sobre estos planteos que invaden a aquel que vivencia la experiencia del mal en el mundo.

Primeramente trataremos de exponer en forma breve los aportes que se han realizado a lo largo del tiempo respecto de esta cuestión. Será posible observar que en esa intensa búsqueda habrá quienes minimicen el problema y quienes consideren “inútil” la reflexión filosófica, en este caso por las dificultades que presenta. De todos modos es necesario conocer el camino que han recorrido otros intentando entrar en esta cuestión para buscar, con entusiasmo y responsabilidad, alguna respuesta para todos aquellos que al experimentar el sufrimiento, “miran al cielo y le preguntan a Dios”.

Si nos remontamos en el tiempo, podemos ver que ya la tragedia griega al plantear el por qué del mal respondía con cierto estoicismo o inclusive con resignación o conformismo, mostrando así la dificultad de entender el misterio.²¹

Por el contrario Platón señala que el encuentro con el dolor es una buena oportunidad para alcanzar la paz interior en la contemplación de la armonía del universo. Es posible observar como presenta “el hecho del mal” como ocasión de un bien mayor.

Plotino señala que es preciso tener en cuenta todos los acontecimientos en relación al todo de tal manera que esto nos permita reconocer este universo como el mejor posible.

Plotino señala que en tanto que “hay cosas malas”, surgen dudas sobre la Providencia. Estas dudas llevan a pensar o que no hay Providencia o que el Demiurgo es malo. El planteo que muestra el autor puede ser asumido por la “clásica” objeción a que Dios es, por el hecho de que se padece el mal en el mundo, o por la cuestión que en el caso de que aún cuando Dios es, permite el mal, hace presente la posibilidad de decir que Dios no es bueno.

Plotino hace hincapié en la belleza del universo que ha sido creado ordenada y cuidadosamente. Todo ocupa un lugar determinado en razón de la armonía del universo. Asimismo nos recuerda que la acción de la Providencia no se extiende al punto de suprimir nuestra propia acción. Si bien la acción de Dios abarca todo lo creado, no por ello suprime el obrar de los seres. Aún así es la Providencia quien conoce y cuida de aquellos que a nuestros ojos parecen abandonados.

“No hay que acusar, pues a lo mejor de la existencia de lo peor, sino congratularse de la presencia de lo mejor porque comunica un poco de su perfección a lo peor. Querer aniquilar lo peor en el mundo, equivale a aniquilar a la misma Providencia”.²²

¹⁷ Sagrada Biblia, Editorial española Desclée de Bouver, Madrid, 1975, Job 16, 11-18

¹⁸ Sagrada Biblia, Op. Cit., Mt. 26, 39-40.

¹⁹ Sagrada Biblia, Op. Cit., Mt. 27, 46-47.

²⁰ Santo Tomás de Aquino, Suma teológica, B.A.C, Madrid, 1957, I q. 2, a. 3, obj. 1.

²¹ Respecto del breve recorrido histórico aquí trazado ver Sertillanges, El problema del mal, Editorial epesa, Madrid, 1951.

²² Plotino, Las eneadas, Op. Cit., Tercera enneada, p. 60.

No es justo entonces alzar nuestra mirada a Dios preguntando por los acontecimientos malos ya que todo “encaja” en la Razón del Plan de Dios, aún cuando nuestra inteligencia no pueda alcanzarlo.

El pensamiento cristiano lleva en sí un gran aporte en relación a este tema y es **el escándalo de la cruz**. Aquí es Dios mismo quien sufre y experimenta el mal y nos muestra “el escándalo de su humildad”. Es Cristo quien pregunta “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”, y exhorta diciendo “Padre, si puedes, aleja de mí este cáliz”, pero añade “Pero que se haga Tu voluntad y no la mía”. El cristianismo nos presenta al Hijo de Dios atravesando un terrible dolor, que cobra sentido tres días después al conocer y comprender el Plan de Dios.

Dos autores cristianos se destacan especialmente por el análisis que han realizado de esta cuestión. San Agustín y Santo Tomás se dedican particularmente a comprender “el mal” para poder, luego, estudiar la objeción a Dios.

San Agustín señala que se admiten imperfecciones y males en el mundo puesto que la perfección divina se manifiesta en la diversidad y es también en razón del orden universal que se permiten males particulares. Es así que gracias a estas imperfecciones el conjunto de lo creado es muy bueno.

San Agustín en su debate con los maniqueos ha penetrado intensamente en la cuestión del mal considerando a ésta especialmente importante, puesto que reconocía en ella su radical participación en la vida de todos los hombres.

Así como *in se* Dios es lo máximamente inteligible y *quoad nos* no lo es, San Agustín señala que para nosotros el padecimiento del mal en el mundo es evidente. Estamos tan sumergidos en esta experiencia que cualquier intento que realicemos por describirla será inferior a ella. Aunque el Santo reconoce la dificultad de toda especulación teórica del tema, busca esclarecer un poco este misterio. De esta manera se pregunta acerca del origen del mal. Respecto del mal físico considera que es preciso entenderlo en el conjunto de las cosas, el “mal” desaparece en vistas al conjunto de lo creado. La parte se comprende en relación al todo. Se ve aquí la relación entre lo universal y lo particular.

“La armonía universal puede comportar esas deficiencias individuales y hacerlas servir al bien total, pero son siempre un mal para el que las sufre.”²³

Agrega el Santo la idea de que el mal está relacionado con la utilización que se hace de él. “El mal” no reside en una determina cosa, sino en la obra de quien hace uso de ella. En este sentido, es el mal moral el que recibe propiamente el nombre de mal. Teniendo en cuenta esto ahonda sus cuestionamientos en relación al mal moral. Intentando analizar el mal moral pregunta acerca de las relaciones entre la libertad y la gracia. En este punto muestra que defendería mal la libertad quien negara la gracia y que defenderá mal la gracia quien sacrificará la libertad. Hace hincapié en la especial dignidad del hombre que posee inteligencia y voluntad por las cuales puede obrar libremente. El libre albedrío constituye una perfección para el hombre aún cuando por éste pueda el hombre obrar mal.

Al mirar hacia la causa de la permisión del mal por Dios, nos muestra que éste es permitido porque, debido a la omnipotencia de Dios, Él puede sacar bien del mismo mal. Al no conocer el plan de Dios no comprendemos por qué Dios permite el mal. San Agustín indica que el día que conozcamos el plan de Dios veremos como todo es realizado con sabiduría y justicia.

Aún cuando no podemos conocer el sentido de todas las cosas, es necesario tener siempre presente que la razón es nuestro mayor bien. Esto exige un acto de fe; implica un salto de la razón a la fe. Es la fe quien en los momentos más difíciles nos permite seguir adhiriendo a la voluntad del Padre, aún cuando no veamos.

Santo Tomás indica que no es Dios causa del mal sino que es causa de que el mal sea, esto es, lo que Él crea es de tal manera que de ello resulta el mal. Este mundo es creado libremente por Dios y es en este sentido que es causa de que se padezca el mal en el universo. Si Dios quiere, puede realizar la creación de modo que en ella no se sufra el mal.

Entrando ya en la Edad Moderna Descartes adhiere a la tesis según la cual se justifican las imperfecciones por la armonía del conjunto.

Al plantear habitual (o Dios quiere el bien de todos los hombres o no lo quiere. Si Dios quiere el bien, pero notamos que se hallan entre nosotros quienes sufren, Dios es impotente. Si no lo quiere, no es bueno). N. Malebranche agrega una tercera hipótesis: Dios lo quiere, lo puede, pero por alguna razón proveniente de su sabiduría no lo debe.

Entre los pensadores modernos, Leibnitz ha sido quien se ha preguntado profundamente y ha intentado comprender en último término el Gobierno Divino. Una de sus ideas más importantes es aquella

²³ Jolivet, R., El problema del mal según San Agustín, Editorial Lumen, Colombia, 1941, p.32.

que señala que este universo tomado en su conjunto es el más perfecto que puede realizar la Sabiduría creadora, aún cuando deban producirse sufrimientos para alcanzar esta perfección.

Leibnitz es criticado por Voltaire quien se ríe de la idea del mejor de los mundos posibles al producirse el terremoto de Lisboa.

“Cándido, aterrado, anonadado, enloquecido, ensangrentado y tembloroso, se decía a sí mismo: - Si este es el mejor de los mundos, ¿qué serán los demás?”²⁴

Habiendo expuesto Leibnitz su tesis acerca del mejor de los mundos posibles se produce el terremoto de Lisboa. Es este hecho aquel sobre el cual Voltaire formula su crítica a Leibnitz. No es posible que este mundo donde se acaba de producir este desastre sea el mejor de todos.

_ “¿Qué es el optimismo? _ preguntó Cacambo
_ ¡Ah! _ Dijo Cacambo _ Es el empeño de sostener que todo está bien cuando se está mal”.²⁵

Así es que Voltaire se burla de Leibnitz mostrando todos los infortunios que vive el hombre. Intenta probar, a través de distintos ejemplos, que este mundo se encuentra muy lejos de ser el mejor de los posibles.

Dostoievski se une a la tesis en la que el mal es permitido por Dios para obtener un bien mayor. Expresa “junto con Boecio” que el mal existe, luego Dios existe puesto que si solamente existiera el bien, se divinizaría el universo y Dios será inútil. Asimismo se pregunta por la permisión del pecado original y señala que éste ocurre porque el levantamiento del hombre a través del dolor elevaría al hombre hacia la unión con Dios.

Gabriel Marcel se acerca al misterio del mal no como objeto de curiosidad sino de inquietud. El curioso es quien se detiene en lo superficial sin llegar realmente al objeto mientras que el inquieto es quien estando preocupado realmente por la cuestión se “pone en juego” a sí mismo al igual que el objeto. Así como quien atraviesa la experiencia del mal se siente que le es arrebatado lo más valioso de sí mismo, aquel que se enfrenta en su búsqueda a la pregunta por este misterio entrega toda su persona responsablemente para acercarse a un objeto tan complejo y delicado.

“El ser inquieto está completamente atormentado por aquel, porque se halla en juego tanto como el objeto. Y tal es el caso del hombre frente al mal, donde se arroja con su persona. Aquí, el objeto de estudio es tanto más inquietante cuanto que no puede separarse de mí sin destruirme. ¿Podría yo existir si no estuviera sometido al dolor, a la muerte y al pecado? En estas condiciones, me pregunto con angustia cómo puedo vivir con él, y cómo puedo sufrirlo”.²⁶

Marcel se enfrenta a esta cuestión como un misterio que es preciso esclarecer y no como un problema a resolver.

De esta manera he mostrado no sólo la importancia del planteo, sino también las auténticas y profundas inquietudes que movieron a los distintos pensadores a elaborar sus valiosos aportes a esclarecimiento de un misterio que nos deja perplejos.

3. ¿Por qué tratar el planteo de Leibnitz antes que Santo Tomás?

Con el fin de poder responder a la objeción a que “Dios es” fundada en que se padece el mal es que he elegido a dos autores que abordan muy profundamente esta cuestión: Wilhelm Leibnitz y Tomás de Aquino.

²⁴ Voltaire, Cándido, Ediciones Quetzal, México, 1942, p. 34

²⁵ Voltaire, Cándido, Op. Cit., p. 78.

²⁶ Sertillanges, El problema del mal, Op. Cit., p. 547

En primer lugar trataré el planteo desde Leibnitz y luego en Santo Tomás para poder realizar una conclusión final.

La razón por la cual he considerado oportuno comenzar por Leibnitz se funda en el camino que he recorrido para tratar este misterio.

Si bien es cierto que el primer acercamiento al tema fue a través de Tomás de Aquino, fue Leibnitz quien me motivó a ahondar en esta cuestión y penetrar en la respuesta dada por Tomás.

El pensamiento de Leibnitz se manifiesta claramente que es posterior a Santo Tomás y más aún ciertas ideas suyas parecieran incluso tomarse del Santo.

La sencillez con la que se expresa Leibnitz permite penetrar en el planteo más fácilmente. La humildad con la que se enfrenta al problema muestra la transparencia y apretura del autor. Esta apertura nos invita a querer entrar en este tema mostrando a la vez la grandeza y la miseria del corazón del hombre.

Leibnitz parece entregarse de lleno, totalmente a este misterio a cambio de poder recibir un poco del resplandor de la verdad que tanto nos cuesta ver a veces. Considero absolutamente valioso y verdadero el modo de Leibnitz para transmitir este inquietante misterio y más aún para invitar a los demás a entregarse por él.

Habiendo tenido en cuenta tanto los aciertos de Leibnitz como aquellas cuestiones donde Santo Tomás mira con mayor agudeza, Leibnitz quiere que tengamos una mirada simple, profunda desde todo lo que somos una vez frente al misterio.

Santo Tomás quiere que nos esforcemos, nos atrevamos a ahondar en él aún cuando implique encandilarnos y tener temor por no poder ver.

Confiemos en la intensidad y la inmensidad de un Dios que gobierna con cuidado y delicadeza sosteniéndonos a fin de que alcancemos a ser felices.

4. La permisión del mal y el mejor de los mundos posibles

Leibnitz parte del problema que surge al preguntarse acerca de por qué Dios permite el mal. Señala que en tanto Dios es máximamente Bueno no es Él causa del mal que se padece en el mundo, pero asimismo hace notar que siendo omnipotente permite el mal. Muestra también que ha habido quienes que queriendo defender la bondad de Dios sacrificaron su omnipotencia.

En primer lugar al intentar penetrar en el misterio del mal distingue mal metafísico, mal físico y mal moral. Brevemente describe al mal metafísico como la “simple perfección”, el físico como el padecimiento y el moral como el pecado. Otra distinción importante en su planteo es aquella que relaciona las partes y el todo. Esta distinción la realiza a fin de explicar que, si bien Dios quiere el bien y el orden, admite el desorden en la parte, por el bien del todo. Así es que un bien menor como es el que padece la parte es permitido por Dios para que se obtenga uno mayor que es el orden del todo.

“El objeto de Dios tiene algo de infinito, sus cuidados abrazan el universo; lo que nosotros conocemos de éste es casi nada, y ¿pretendemos medir su sabiduría y su bondad por nuestro conocimiento? ¡qué temeridad, o mas bien, qué absurdo!”²⁷

Es debido a los límites de nuestro conocimiento que no alcanzamos a comprender y conocer la maravilla que es este universo; es por ello que no debemos juzgar acerca de los males de este mundo ya que si viésemos mejor podríamos admirar la belleza del conjunto aún cuando para esto debamos admitir males particulares. Todo en el universo ocupa un importante lugar a fin de que pueda manifestarse la perfección del todo. Es en vistas a ella que Dios permite el mal. Siendo Dios absolutamente Bueno, Sabio y Poderoso es imposible que resida en Él culpa o pecado y es así como permite el mal por un bien mayor.

“Algunas Veces sucede en el curso ordinario de la vida, que un natural más excelente alcanza menos por falta de cultura o de ocasiones. Puede decirse que los hombres son escogidos y colocados, no tanto según su natural excelencia, como conforme a la conveniencia que tienen con el plan de Dios, a la manera que en un edificio, o cosa parecida, se emplea una piedra peor porque es la mejor para llenar cierto hueco”.²⁸

El ejemplo que utiliza Leibnitz expone la relación entre las partes y el todo y cómo una imperfección en la parte es admitida para la perfección del conjunto.

²⁷ Leibnitz, Ensayos de Teodicea sobre la bondad de Dios, la libertad humana y el origen del mal, Op. Cit., p. 239.

²⁸ Leibnitz, Ensayos..., Op. Cit., pp. 202-203.

Cabe aquí preguntarse si ésta misma perfección no puede Dios producirla sin por ello tener que admitir un determinado mal particular. Es cierto que la Voluntad de Dios puede realizar infinidad de mundos de infinitas maneras. Es preciso tener en cuenta aquí el título de su obra, se trata de un “Ensayo de Teodicea...” por lo cual estamos frente a una justificación de Dios, en este caso frente al mal.

Así es que Leibnitz debe, reconociendo “el hecho del mal”; defender los motivos que pueden haber llevado a un Dios Bueno y Omnipotente a permitir el mal en lo que crea. Esto es, mostrar que no es contradictorio que “Dios es” y el misterio del mal. Si bien Dios puede obrar muy diversamente, el hecho es que lo hace así. Por lo tanto, se verá qué Dios es el que está detrás o no de un universo que, a pesar de todo, es el que nos ha tocado.

Hasta aquí he analizado la relación entre el bien universal y el particular que propone Leibnitz. Pero este autor presenta una tesis aún más arriesgada que la que se conoce como la del “mejor de los mundos posibles”. Ella se relaciona no sólo con los atributos de Dios sino también con la moral del Mismo. Este es el mejor de los mundos posibles ya que siendo Dios máximamente Sabio y Perfecto no puede producir un universo inferior a su condición limitándose así su Sabiduría y su Poder. Por otro lado se limitaría su bondad si éste no fuera el mejor de los mundos posibles.

Este planteo que a simple vista parece ser correcto lleva en sí la carga del antropomorfismo. Se busca entender el obrar de Dios desde el del hombre. Esto es, si Dios no crea el mejor de los mundos posibles, entonces no es máximamente Bueno. Esta consideración implicaría limitar el obrar de Dios.

Evidentemente también aquí es preciso recordar que Dios puede crear infinidad de otros mundos mejores aún para nuestros ojos y es en su Inteligencia y en su Voluntad donde reside la Razón por la cual Dios quiere crear éste mundo y no otro. Esta razón es parte de lo que constituye un misterio para nosotros.

Sin embargo, es bueno observar, que no debe preguntarse por qué Dios prevé las cosas, porque esto se da ya por sentado; es porque se habrán de realizar; lo que se pregunta es, por qué están ordenadas de esta manera, por qué endurece el corazón de unos y tiene compasión de otros. Nosotros no conocemos las razones que pueda tener Dios, pero nos baste saber que es muy bueno y muy sabio, para suponer que son muy buenas. Y como también es muy justo, se sigue de ahí sus decretos y sus operaciones no destruyen nuestra libertad”.²⁹

Si bien Leibnitz ha intentado conocer cómo se concilia el mal en el mundo con Dios, y nos muestra que es la armonía preestablecida aquella que permite ver cómo se relacionan la admisión de un mal particular para la contemplación de la belleza universal, lo anteriormente citado pareciera manifestar que no se han podido alcanzar profundas conclusiones.

Aún cuando esa es la impresión que se percibe, es preciso hacer notar que es cierto que aunque no conocemos el plan de Dios, que incluye la permisión de algunos males, confiamos en que las razones por las que lo hacen han de ser muy buenas.

Según Leibnitz el misterio del mal y Dios puede expresarse de distintas maneras y es posible señalar distintos aspectos del mismo.

En primer lugar, quien no adopta el mejor partido carece de poder o de conocimiento o de bondad. Al crear este mundo Dios no ha adoptado el mejor partido. Por lo tanto, Dios carece de poder o de conocimiento o de bondad.

Es cierto que el mal se padece en este mundo hecho por Dios y que sería posible hacer un mundo sin mal o incluso sería posible no crear en absoluto mundo alguno puesto que su creación ha dependido de la voluntad libre de Dios. Pero no siempre es el mejor partido aquel que tiende a evitar el mal, ya que puede ocurrir que el mal vaya acompañado de un bien mayor. Así también una imperfección en la parte puede ser un requisito para una mayor perfección en el todo. Y más aún un mundo con mal podría ser mejor que un mundo sin mal.

En segundo lugar, la objeción se expresa de la siguiente manera: si hay más mal que bien en las creaturas inteligentes. Por lo tanto hay más mal que bien en toda obra de Dios.

De la suprema perfección de Dios se sigue que el reino de Dios es el más perfecto de todos los estados o gobiernos posibles y que por consiguiente se requiere el escaso mal que hay en él para la plenitud del bien inmenso que en él se encuentra.

Respecto a la Providencia cabe plantear cómo se integra la libertad del hombre en el plan de Dios. Aquí surge la tercera objeción: si es siempre imposible no pecar, siempre es injusto castigar. La afirmación de que todo pecado es necesario supone que todo lo predeterminado es necesario. Todo acontecimiento está predeterminado. Todo acontecimiento es necesario y por consiguiente también el pecado.

Lo que es futuro, lo que está previsto, lo que está involucrado en las causas, está predeterminado. Todo acontecimiento ocurre de este modo. Por lo tanto todo acontecimiento está predeterminado. Pero hay

²⁹ Leibnitz, Ensayos..., Op. Cit., p. 466.

que negar que todo lo predeterminado es necesario. Si se refiere a la necesidad de pecar, se destruye la moralidad de la acción y la justicia de los castigos.

Los actos voluntarios no los ejecutaríamos si no los quisiéramos. Tampoco su previsión predeterminación es absoluta sino que supone la voluntad: si es seguro que uno los ejecutará no es menos seguro que uno los querrá ejecutar. Estos actos voluntarios y sus consecuencias no ocurrirían sea lo que fuere que hiciéramos, sea que los queramos o no sino porque los ejecutaremos y porque queremos ejecutar lo que a ellos conduce. Y esto se halla contenido en la previsión y en la predeterminación e incluso constituye su razón. Y la necesidad de tales acontecimientos se llama condicional o hipotética, o bien necesidad que destruye la moralidad y que hace injusto el castigo e inútil la recompensa se halla en las cosas que han de ocurrir, hagamos lo que hagamos y queramos hacer lo que queramos; y en una palabra se halla en lo que es esencial: y a esto se llama necesidad absoluta.

Otra manera de expresar la objeción es la siguiente: quien puede impedir el pecado de otro y no lo hace, sino que mas bien contribuye a él, aún estando bien informado de él, es su cómplice. Dios puede impedir el pecado de las criaturas inteligentes pero no lo hace y más bien contribuye a él con su concurso y con las ocasiones que suscita, aún teniendo de ese pecado un conocimiento perfecto.

Puede ocurrir que podamos impedir el pecado o bien (cuando se trata de Dios) sin cometer una acción no razonable.

También puede suceder que aún cuando no queramos determinados males, queramos permitirlos a favor de un bien mayor. Se trata de una voluntad consecuente que resulta de las voluntades antecedentes por las cuales queremos el bien. En general, la voluntad antecedente de Dios se dirige a producir el bien y a impedir el mal y la voluntad divina consecuente, o final y total se dirige a la producción de todos los bienes que se puedan poner juntos, cuya combinación llega a ser de este modo determinada y comprende tanto la permisón de algunos males y la exclusión de algunos bienes, hasta donde lo exija la producción del mejor plan posible del universo.

Asimismo, se afirma que quien produce todo lo que tiene de real una cosa es su causa. Dios produce todo lo que de real en el pecado. Por lo tanto, Dios es la causa del pecado. Pero es preciso señalar que toda imperfección proviene de la limitación, es decir de lo privativo. Dios es la causa de todas las perfecciones y por consiguiente de todas las realidades cuando las considera como puramente positivas. Pero las limitaciones o las privaciones resultan de la imperfección original de las criaturas, que pone un término a su receptividad. Debido a la limitación o imperfección original de las criaturas incluso el mejor plan del universo no podría admitir más bienes no estar exento de ciertos males, los que sin embargo deben conducir a un bien mayor.

Quien da sólo a algunos los medios que les permiten obtener efectivamente buena voluntad y la fe final salvífica, no tiene bastante bondad. Dios lo hace. Entonces no tiene bastante bondad.

Es verdad que Dios podría superar la mayor resistencia del corazón humano, y a veces también lo hace, pero no siempre. No hubiese estado dentro del orden actuar siempre de un modo extraordinario y trastornar el orden de las cosas. Las razones por las cuales uno está en determinada circunstancia y otro en otra, están ocultas en la profundidad de la sabiduría de Dios, esto es, dependen de la armonía universal. Así lo involucraba el mejor plan del universo que Dios no podía dejar de elegir. Si Dios lo ha producido es porque no era posible obra mejor.

Lo que aquí se ha mostrado llevaría a afirmar que Dios no es libre, puesto que quien no puede dejar de elegir lo mejor no es libre. Si Dios no puede dejar de elegir lo mejor, no es libre. Sin embargo, la más perfecta libertad consiste en que uno pueda emplear lo mejor posible su libre arbitrio y ejercer siempre ese poder sin ser apartado de él.

Aunque la voluntad de Dios sea siempre infalible y conduzca siempre a lo mejor, el mal o el bien menor que rechaza, no deja de ser posible en sí; de otro modo la necesidad del bien sería absoluta; se destruiría la contingencia de las cosas y no habría elección-. Si la voluntad de Dios no tuviera como regla el principio de lo mejor, se dirigiría al mal, que sería lo peor; o bien sería indiferente de algún modo al bien y al mal y estaría guiada por el azar: pero una voluntad que siempre se dejara ir al azar no valdría más, para el gobierno del universo, que el concurso fortuito de los corpúsculos exento de toda divinidad.

Leibnitz distingue el bien y el mal metafísicos, físicos y morales. El bien y el mal metafísicos consisten en la perfección e imperfección de los seres. El bien y el mal físicos se aplican en especial a lo agradable y desagradable en las sustancias inteligentes y a esto corresponde el mal de sufrimiento. El bien y el mal morales se aplican respectivamente a las acciones virtuosas y a las viciosas y a esto corresponde el mal de culpa.

Aunque los males no son objeto de la voluntad antecedente de Dios, a veces lo son de su voluntad consecuente indirectamente porque los mayores bienes no podrían producirse si se apartaran los males.

El mal de culpa tampoco es objeto de la voluntad de Dios sino sólo a veces de su voluntad permisiva, porque Él mismo jamás peca sino que sólo permite el pecado. Si Dios no hubiese elegido la

mejor serie del universo (en la que está incluido el pecado) habría admitido algo peor que todo el pecado de las criaturas, pues habría cercenado sus propias perfecciones y, lo que se sigue de esto, también las ajenas: en efecto, la perfección divina no debe dejar de elegir lo más perfecto puesto que lo menos bueno tiene algo de malo. Y se suprimiría a Dios, se suprimirían todas las cosas, si Dios se debatiera en la impotencia, o su entendimiento se equivocara o desmayara su voluntad.

Leibnitz plantea que no siempre un mundo sin mal es el mejor mundo puesto que estos males pueden estar acompañados por un bien mayor. Pero también señala que es cierto que Dios podría haber hecho un mundo sin mal o más aún podría no haber creado este mundo ya que esto depende de la voluntad libre de Dios. Una vez que ve que existe el mal el autor intenta justificar el obrar de Dios mostrando que “debe ser buena tal permisión”.

Expresa Leibnitz que algunas veces es necesaria una imperfección en la parte para una mayor perfección en el todo. Absolutamente hablando Dios puede crear un mundo totalmente perfecto donde no sólo el todo fuese perfecto sino también cada una de sus partes. Nuevamente se manifiesta que el pensamiento del autor se desarrolla teniendo dos supuestos fundamentales: el padecimiento del mal y Dios por lo tanto debe haber alguna razón buena por la cual Dios permite el mal.

En cuanto a que hay más mal que bien en las criaturas inteligentes y por lo tanto en toda obra de Dios, ¿qué significa que haya más mal? ¿Cómo es posible si para que permanezca el mal debe permanecer el bien? Si así fuera ¿por qué debe suceder lo mismo en toda la obra de Dios? Es necesario recordar con Leibnitz que existe un universo perfecto y ordenado que no podemos observar debido a nuestras limitaciones.

Es lógico pensar que de la perfección del autor se desprende la perfección de la obra. Pero es preciso señalar que si Dios obrara necesariamente y su obra estuviese determinada no sería absolutamente libre, lo cual es una imperfección y entonces no sería Dios.

Respecto a la predeterminación a pecar es importante destacar la distinción que propone Leibnitz entre necesidad de consecuencia y necesidad absoluta. La primera se refiere a aquellos actos voluntarios que estando previstos no ocurrirían si nuestra voluntad no los ejecutara. Por la segunda se anularía nuestra libertad y junto con ella la moralidad de nuestros actos, los castigos y las recompensas. Es por ello que en relación a los actos voluntarios hay necesidad de consecuencia.

Dios no impide el pecado de las criaturas inteligentes pudiendo hacerlo. Muestra el autor que si no lo hace es porque ha de tener razones para ello. Absolutamente hablara pareciera que Dios podría impedir que el hombre pecara pero hay que recordar que lo posible para Dios es aquello que en sí mismo no implica contradicción. Aquí se ve que una criatura libre que obrara necesariamente bien implica contradicción y tal vez ha de ser ésta la acción no razonable a la cual se refiere Leibnitz. También puede decirse que se podría haber creado “una persona sin libertad” pero es preciso preguntarse qué es más perfecto: si una persona sin libertad que obre necesariamente o aquella que contando con tal capacidad pueda pecar u obrar bien..

Algunas veces se permite un determinado mal para obtener un bien mayor. En términos absolutos Dios podría producir directamente y sin ningún mal un bien mayor. Pero de hecho es posible observar que para la obtención de un bien mayor Dios permite que ocurran determinados males. Si no los impide es porque debe tener buenas y valiosas razones para no hacerlo. Esto ocurre por la Voluntad consecuente de Dios que se dirige a la producción del todo por la cual se permiten algunos males aún cuando la voluntad de Dios se dirige a producir el bien y a impedir el mal.

En cuanto la causa del pecado explica el autor que siendo Dios cusa de todo lo creado no lo es del pecado. Las imperfecciones provienen de las limitaciones de las criaturas produciéndose así la privación. Aún cuando lo creado conste de ciertas limitaciones muestra Leibnitz que éstas han de contribuir a la producción del mejor plan del universo.

En algunas oportunidades se cuestiona la bondad de Dios argumentando que no siempre da los medios para obtener buena voluntad y fe final salvífica. Pero es cierto que no podemos conocer las razones por las cuales Dios gobierna el universo como lo hace aunque es preciso recordar que aquello que realiza es en orden a la armonía universal.

De esta manera pareciera mostrarse que Dios no es libre ya que no puede dejar de elegir lo mejor. Leibnitz señala que la más perfecta libertad consiste en elegir lo mejor por lo cual no dejaría de ser libre. Sin embargo, se puede ver aquí el determinismo que atraviesa el planteo del autor. Dios no puede dejar de obrar de otra manera que no sea la mejor. ¿No será ésta una forma de reducir el obrar de Dios, de limitarlo?

En relación a la posibilidad de que Dios pudiera obrar dirigiéndose al mal o siendo indiferente al bien y al mal, guiándose por el azar, se vería que el universo está gobernado por algo fortuito y por supuesto exento de divinidad. Así muestra Leibnitz la necesidad de que Dios tenga como regla el principio de lo mejor.

En cuanto a los males como objeto de la Voluntad de Dios distingue el autor entre voluntad antecedente y voluntad consecuente. Los males no son objeto de la voluntad antecedente de Dios sino de la consecuente ya que son objeto indirectamente para la producción de mayores bienes.

Nos recuerda Leibnitz que si Dios no hubiese creado el mejor de los mundos posibles porque no podía hacerlo o porque se hubiera equivocado se suprimiría, no sólo la existencia de Dios, sino también la de todas las cosas.

5. El tema del mal en Santo Tomás de Aquino

Santo Tomás de Aquino analiza el misterio del sufrimiento del mal en el mundo y Dios tanto en la Suma Teológica como en la Contra los Gentiles. Intentaré seguir el pensamiento del autor en estos textos a fin de penetrar en esta cuestión.

• La noción de mal

Para comprender cómo “incluye” Dios en su plan “el” mal, es necesario, primeramente, conocer qué significado poseen ambos conceptos: mal y Providencia. En el planteo de Santo Tomás se muestra como característica primordial del mal que este es **privación**, esto es ausencia de algo que se debe tener por naturaleza. En cuanto privación **no tiene esencia**. Señala el santo que el mal **no es intencionado**, puesto que todo agente obra por lo que tiene de potencia activa y no por falta de la misma. Según obra, así tiende al fin que corresponde a su potencia.

Se dice asimismo que **el bien es causa del mal**. Si el mal fuera propiamente causa de algo, tendería a producir su efecto, el mal. Pero en tanto todo agente intenta el bien, esto es falso. **El mal es causa sólo accidentalmente** y toda causa per accidens se reduce a la causa per se. Es por ello que se afirma que el bien es causa del mal. El accidente puede provenir:

- De parte del agente: cuando el agente es deficiente en su virtud, de lo que resulta que la acción es defectuosa y el efecto deficiente.

- Por parte del efecto: si la materia no está dispuesta para recibir la impresión del agente se producirá necesariamente un defecto en el efecto. Por parte de la forma del efecto, cuando a una forma se le junta necesariamente la privación de otra.

Aún siendo el mal privación es preciso que éste se funde en el bien; puesto que no tiene esencia es necesario que se de en algún sujeto que es cierto bien.

Siendo el mal causado por el bien y fundándose en él **jamás podrá el mal destruir todo el bien** ya que para que permanezca el mal deberá hacerlo siempre el bien. Es cierto que el mal suprime totalmente al bien que directamente se opone al mal. No se suprime, ni disminuye el bien que es sujeto del mal. Aún cuando el mal destruye totalmente el bien al cual se opone, **no destruye totalmente otros bienes del mismo sujeto**.

Respecto de las acciones voluntarias el mal acontece de dos modos:

- Por la trasgresión de una ley superior cometida por una criatura racional con advertencia y libertad se da el mal de culpa.
- Todo mal físico o moral infligido a la criatura racional en castigo del mal de culpa constituye el mal de pena.

Habiendo descrito la noción de mal según Santo Tomás, analizaré cómo es que se incluye en el plan de Dios el mal en el mundo.

El problema es el siguiente: si se padece el mal en el mundo, Dios no es. Si Dios es y permite que se sufra el mal, no es todopoderoso. Frente a esta cuestión, el autor responde a los diversos aspectos de esta objeción estudiando el tema de la Providencia.

Si todo se realiza aquí abajo, incluso lo contingente, cae bajo la Divina Providencia, es preciso, o que la Providencia no sea cierta o que todo suceda necesariamente.

Pues si cualquier efecto tiene una causa propia, habrá que reducir cualquier futuro a alguna causa presente o pretérita.

No es verdad que, puesta la causa, se siga necesariamente el efecto, porque hay causas que pueden fallar. Tampoco es verdad que todo efecto tenga causa propia, porque lo que es accidentalmente no tiene causa determinada.

Todos los efectos que se reducen a alguna causa propia, presente o pretérita, puesta la cual se sigue necesariamente el efecto, suceden necesariamente.

O es preciso decir que no todos los efectos están sujetos a la Divina Providencia y así la Providencia no será universal.

O no es necesario que, dada la Providencia, se de un efecto, y así la Providencia no será cierta.

O es necesario que todo suceda necesariamente.

Pues la Providencia es eterna, porque nada puede haber en Dios que no sea eterno.

Si la Divina Providencia es cierta, es preciso que esta condicional sea verdadera: “Si Dios provee esto, sucederá”. Pero el antecedente de esta condicional es necesario, porque es eterno. Luego el consiguiente es necesario, porque es preciso que el consiguiente de una condicional sea necesario cuando su antecedente lo es.

Y todo lo que se sigue de lo necesario debe ser necesario. Por tanto, si la Providencia Divina es cierta, resulta que todo sucede necesariamente.

Tulio, en el libro “De la adivinación”, argumenta así: Si todo está provisto por Dios, cierto es el orden de las causas. Y si todo es verdadero, todo sucede fatalmente. Y si todo se hace fatalmente, nulo es nuestro poder y también nuestro albedrío. Síguese, pues, que libre albedrío desaparece si la Providencia Divina es cierta. Y por lo mismo, desaparecen todas las causas contingentes.

La Providencia Divina no excluye las causas segundas. Entre las causas segundas, algunas son contingentes y capaces de fallar. Luego puede fallar el efecto de la Providencia. Entonces la Providencia Divina no es cierta.

La Providencia Divina no rehuye nada, y el orden de la misma es inmutable, y no es necesario que todo lo provisto por ella tenga que acontecer necesariamente.

Como Dios es la causa universal de todo cuanto existe y a todos da el ser, es preciso que el orden de su Providencia lo comprenda todo. Pues a quienes dio el ser, es preciso que les de la conservación y que, además, les confiera la perfección en su fin último.

Hay que considerar dos cosas: la premeditación del orden y la aplicación del orden premeditado a las cosas que caen bajo la Providencia – perteneciendo lo primero a la facultad cognoscitiva y lo segundo a la operativa – se dará entre ambas cosas esta diferencia: que la Providencia, al premeditar el orden, será tanto más perfecta cuanto más a lo mínimo se extienda dicho orden.

Pero, en cuanto al imponer a las cosas el orden predeterminado, tanto es más digna y más perfecta la Providencia del gobernante cuanto más universal y por medio de más misterios desarrolla su premeditación.

Es preciso que la Providencia Divina consista en lo más alto de la perfección, porque Dios es absoluta y universalmente perfecto.

Pues para proveer mediante la reflexión sempiterna de su sabiduría, ordena todas las cosas por muy pequeñas que parezcan; y cualesquiera de las cosas que obran hacenlo como instrumentos movidos por Él, le sirven para desarrollar el orden de la Providencia ideado desde la eternidad. La Divina Providencia jamás puede fracasar.

Mejor es para todo que haya disparidad entre sus partes, sin la cual no es posible el orden y la perfección del todo, que el que todas sus partes sean iguales, alcanzando cada uno el más alto grado correspondiente. Porque el pie sería una parte más digna si tuviera la belleza y el poder del ojo; pero el cuerpo sería más imperfecto si le faltase el servicio del pie.

Es evidente que todo agente particular tiende a realizar un efecto perfecto en su género respectivo y, en cambio, todo agente universal tiende a hacer que tal efecto sea perfecto con tal perfección.

Bajo el orden de la Divina Providencia cae no sólo que tal efecto exista, sino también que éste exista necesariamente y aquel contingentemente. Y algunas cosas de las que están sujetas a la Providencia Divina son necesarias y otras contingentes. La Divina Providencia es causa propia para que dicho efecto suceda contingentemente.

“Si Dios ha provisto este futuro, sucederá” Sucederá tal como Dios proveyó que había de suceder. Proveyó que fuera contingente. Se sigue infaliblemente que será contingente y no necesario.

Es evidente que lo que se supone que Dios ha provisto como futuro, si es del género de lo contingente, podrá no ser, considerado en sí; pues ha sido dispuesto como contingente y con posibilidad de no ser. Mas no es posible que falle el orden de la Providencia porque no suceda algo contingente. Puede decirse que tal individuo no habrá de reinar si lo consideramos en sí, mas no si lo consideramos como provisto.

Como a la Divina Providencia están sujetos no sólo los efectos, sino también las causas y los modos de ser, según consta, no se sigue que, si todo lo hace la Divina Providencia, nosotros nada tengamos que hacer. Porque todo ha sido dispuesto de modo que sea hecho por nosotros libremente.

• La Divina Providencia no excluye la contingencia de las cosas

La operación con que la Divina Providencia obra en las cosas no excluye a las causas segundas sino que se cumple por ellas en cuanto obran por virtud de Dios.

Algunos efectos se llaman necesarios o contingentes por razón de sus causas próximas, pero no por razón de las remotas; pues la fructificación de la planta es un efecto contingente en virtud de su causa próxima, que es la fuerza generativa, que puede ser impedida y fallar; aunque la causa remota, es decir, el sol, sea una causa que obra necesariamente.

Luego, como entre las causas próximas hay muchas que pueden fallar, los efectos sujetos a la Divina Providencia no serán todos necesarios, sino que muchos contingentes.

El cuidado de Dios **alcanza también a los contingentes singulares**, si esto no ocurriera la Providencia sería necia e imperfecta. Es la Providencia quien ordena las cosas al fin y en este sentido le corresponde el cuidado de los fines y de cuanto está ordenado a los mismos. Es por ello que no sólo los universales sino también los singulares están sujetos a la Divina Providencia.

Parece que no hubiera para estas cosas por la razón de que son contingentes y además, porque en ellas ocurre muchas veces lo casual y lo fortuito, que es precisamente lo único por lo que se diferencian de las cosas incorruptibles y de las universales las corruptibles, sobre las cuales sí que hay Providencia. Mas a la Providencia no se oponen las cosas contingentes ni la casualidad ni la fortuna, como tampoco lo voluntario.

Nada impide, pues, que haya Providencia para éstas, como la hay para las cosas incorruptibles y universales.

Si Dios no tiene Providencia de estas cosas singulares, será porque no las conoce, o porque no puede, o porque no quiere tener cuidado de las mismas. Sin embargo, no puede afirmarse que Dios no conozca lo singular. Tampoco puede decirse que Dios no pueda tener cuidado de lo singular, pues su potencia es infinita.

No puede afirmarse que Dios no quiere gobernarlos, cuando su voluntad comprende todo bien; y el bien de los gobernados consiste principalmente en su ordenación por el gobierno. En consecuencia no puede decirse que Dios no tenga cuidado de lo singular.

Comúnmente, las causas productoras de algo tienen cuidado de lo que producen (los animales cuidan naturalmente a sus crías) Luego Dios tiene cuidado de aquello de lo cual es causa. Y como incluso lo es de las cosas particulares, resulta que se cuida de ellas.

Dios obra en las cosas creadas por necesidad natural, sino racional y voluntariamente. Lo que es producido racional y voluntariamente está sujeto al cuidado del providente, el cual consiste en distribuir algunas cosas racionalmente. Según esto, las cosas producidas por Dios están sujetas a su Divina Providencia.

Dios obra en todas las causas segundas y todos sus efectos se reducen a Dios como a su causa, y por esto es preciso que lo realizado por las cosas singulares se considere también como obra suya. Las cosas singulares, junto con sus propios movimientos y operaciones, están sujetas a la Divina Providencia.

Si Dios, pues, sólo tiene cuidado de lo universal, abandonando por completo lo singular, su Providencia sería necia e imperfecta.

Y si Dios cuida de las cosas singulares en cuanto a su conservación en el ser exclusivamente y no en cuanto a lo demás, en modo alguno puede sostenerse tal afirmación. Porque todo lo otro que se da e ellas está ordenado a su conservación o corrupción. Si Dios cuida de la conservación de las cosas singulares, tendrá también cuidado de cuantas contingencias le sobrevengan.

Todo cuanto ocurre en los individuos estará sujeto a la Providencia, igual que lo está su conservación en el ser; porque nada puede acontecer en los individuos de una especie determinada que de algún modo no se reduzca a los principios de la misma. Luego las cosas singulares están de igual modo sometidas a la Divina Providencia en cuanto a su conservación y en cuanto a todo lo demás.

En la ciencia especulativa, el más perfecto es aquel que conoce lo universal y tiene a la vez un conocimiento propio de cada cosa; pues quien sólo conoce lo universal conoce únicamente las cosas en potencia.

Como Dios es causa del ente en cuanto tal, es menester que provea al ente en cuanto ente, puesto que provee a las cosas por ser causa de las mismas. Luego todo lo que de algún modo existe cae bajo su Providencia. Ahora bien, son más entes los singulares que los universales, porque éstos no existen de por sí, sino únicamente en aquellos. La Divina Providencia se extiende también a lo singular.

Las cosas creadas están sujetas a la Divina Providencia en cuanto que Dios las ha ordenado al último fin, que es su propia bondad. Así, pues, la participación de la bondad divina por las cosas creadas es efecto de la Providencia de Dios. Los singulares contingentes participan también de la divina bondad. La Providencia se extiende también a ellos.

- **La ejecución de la Divina Providencia se realiza mediante las causas segundas.**

La Providencia requiere de dos cosas: la ordenación y la ejecución del orden de operación divina. No excluye la de las causas segundas. Los efectos procedentes de estas causas están sujetos a la Divina Providencia porque Dios ordena por sí mismo lo singular.

El gobierno divino se extiende a todos y a todo, y mediante las criaturas intelectuales se rige todo lo demás. Esto ocurre debido a que participan de la virtud de la Divina Providencia. Las criaturas racionales poseen los dos requisitos de la providencia: disposición del orden, que se realiza por la virtud cognoscitiva, y la ejecución, por la operativa. El resto de las criaturas posee sólo voluntad operativa.

En cuanto a las elecciones y voliciones humanas, están sujetas a la Divina Providencia porque éstas son múltiples, mudables y defectibles. La voluntad divina es uniforme, inmutable e indeficiente. Es necesario que las voliciones y las elecciones se reduzcan a la voluntad divina.

Ahora bien, hay ciertos acontecimientos que parecieran ocurrir al margen de la intención propia. Es preciso mostrar que, si bien se prescinde de la propia intención, esto no ocurre al margen de la intención de algún superior a quien está sujeto. En relación a Dios nada sucede casual o inesperadamente.

Parece que por el hecho de que algunas cosas existan contingentemente y puedan fallar, la Divina Providencia no es infalible. Pero es importante señalar que la Providencia es perfecta, eterna e inmutable y que bajo el orden de la Providencia cae no sólo que tal efecto exista, sino también que este exista necesariamente y aquel contingentemente. Pertenece a su Providencia el permitir que unas veces fallen las causas defectibles y otras preservarlas de fallar.

- **No excluye la Divina Providencia lo fortuito ni lo casual**

Si así lo hiciera, todo ocurriría por necesidad; cuando las cosas contingentes se caracterizan por poder fallar.

De la contingencia de las cosas se desprende también la posibilidad de lo fortuito y lo casual. La Divina Providencia ha de respetar la naturaleza de las cosas hechas así por Él. Si así no lo hiciera las cosas ocurrirían por necesidad y se anularía el obrar de las causas segundas.

La multitud y diversidad de causas nace del orden y disposición de la Divina Providencia. Ahora bien, supuesta la diversidad de causas, es preciso que alguna vez se encuentre una contra otra impidiéndola o ayudándola a producir su efecto. Pero por el encuentro de dos o más causas resulta a veces algo casual, apareciendo un fin no buscado por alguna causa concurrente, como en el caso de aquel que va a la plaza a comprar algo y se encuentra con el deudor, por la exclusiva razón de que éste también fue allí. Luego no es contrario a la Divina Providencia que existan algunas cosas casuales y fortuitas.

- **La Divina Providencia no excluye totalmente de las cosas el mal**

El gobierno divino que Dios ejerce sobre las cosas, no excluye la operación de las causas segundas. Por defecto de la causa segunda se da el defecto en el efecto, aunque en Dios, agente primero, no se de ningún defecto.

La Divina Providencia **no excluye totalmente la posibilidad de las causas segundas de pecar**. Si se tiene en cuenta el obrar del hombre, corresponde a la Divina Providencia, en tanto que el hombre es un ser libre, que no excluya la posibilidad de fallar. El gobierno divino deja que las cosas creadas obren en conformidad con su propia naturaleza.

Si nos preguntamos si Dios puede crear causas segundas perfectas y sin defectos, debemos recordar que absolutamente hablando sí puede hacerlo, pero que si de hecho no lo hace no es porque no esté en su poder hacerlo, sino mas bien porque no quiere. Y si no quiere, ha de ser buena la razón que tiene para no quererlo.

Así mismo corresponde a la naturaleza libre del hombre que pueda pecar. Es por eso que la Divina Providencia permite el mal a fin de respetar la naturaleza de las cosas.

Siendo el bien del todo más excelente que el bien de la parte, el gobernador descuida algún defecto parcial para aumentar la bondad del todo.

El divino gobernador puede no descuidar lo singular para obtener la bondad del todo, pero nuevamente se hace presente el ejercicio de la libertad de Dios mediante la cual elige ese camino. Siendo Dios máximamente poderoso y bueno, es preciso confiar en que el plan es bueno.

Señala Santo Tomás que si en las cosas no hubiera mal alguno, **disminuiría el bien del hombre** en cuanto al conocimiento y también en cuanto al deseo y amor del bien; puesto que cuando sufrimos algunos males deseamos con más ardor los bienes.

Una vez más nos enfrentamos a aquellas explicaciones que intentan “justificar” a un Dios que permite el mal, y a un padecimiento del mal que resulta evidente.

Asimismo, considerando todo lo anteriormente expuesto, toma el santo la afirmación de Boecio “*si malum est, Deus est*”. El mal no existiría si desapareciese el orden del bien, cuya privación es el mal. Y tal orden no existiría si Dios no “existiera”.

La manera que propone Boecio para abordar este tema es que el planteo de la existencia del mal en el mundo no ha de llevarnos a la objeción a Dios, sino más bien ha de ser prueba de que es. “Si el mal existe, Dios existe.” El sufrimiento del mal supone el orden del bien. Este orden no existe si Dios no es. Al preguntarse por el origen del mal se ve que la voluntad puede fallar en cuanto no está limitada a una sola cosa. Pero aún cuando esta voluntad sea contingente es una perfección. Y en cuanto tal le corresponde a la Divina Providencia conservarla.

La Divina Providencia no excluye la corrupción, ni el defecto, ni el mal. Pues no excluye la operación de las causas segundas. Se da el defecto en el efecto de la causa segunda por defecto de la misma, sin que por ello se encuentre en el agente primero. Luego el hecho de que aparezca algún defecto o algún mal en los seres actuados y gobernados por Dios obedece a que esos agentes secundarios son defectuosos, aunque en él no se dé ningún defecto.

No se daría la bondad perfecta en las cosas creadas de no existir en ellas un orden de bondad, a saber, que hace a unas mejores que las otras; porque no se cumplirían todos los grados posibles de bondad, ni criatura alguna se asemejaría a Dios por su eminencia sobre otra. Además, suprimiendo la ordenación de las cosas diferentes y dispares, desaparecería también el sumo esplendor del orden. Y, lo que es más suprimida la desigualdad en bondad, desaparecería la multitud de cosas, pues unas cosas son mejores que otras por las diferencias que las separan entre sí. Y así, si en las cosas hubiese una igualdad absoluta, sólo habrá un bien creado; lo cual deroga evidentemente la perfección de la creatura. Además, el grado superior de bondad consiste en que algo sea bueno de tal manera que no pueda perder la bondad; sin embargo, el inferior es aquel en que la bondad puede fallar. Pero a la Providencia del gobernante corresponde conservar la perfección en las cosas gobernadas y no el disminuirla.

No corresponde a la Divina Providencia el excluir totalmente de las cosas la posibilidad de fallar en el bien. Mas el efecto de esta posibilidad es el mal, porque lo que puede fallar falla alguna vez. El mismo defecto de bien es también un mal. No corresponde a la Divina Providencia el suprimir totalmente de las cosas el mal.

Lo mejor de cualquier gobierno es que todas las cosas gobernadas sean atendidas en atención a su modo de ser, pues en esto consiste la justicia del régimen. Sería contra la razón del régimen divino el no dejar que las cosas creadas obran en conformidad con su propia naturaleza. Pero, al obrar las creaturas de esta manera, síguense la corrupción y el mal en las cosas, puesto que unas corrompen a las otras por la contrariedad y oposición que existe entre ellas. Por lo tanto no corresponde a la Providencia Divina el suprimir totalmente de las cosas gobernadas el mal.

Es imposible que un agente produzca el mal como no sea intentando el bien. Ahora bien, a la Divina Providencia, que es la causa de todo bien, no le corresponde suprimir en las cosas creadas y de un modo general la intención de cualquier bien, pues tal medida suprimiría muchos bienes en el universo creado. Luego no corresponde a la Divina Providencia el suprimir totalmente de las cosas el mal.

El bien del todo es más excelente que el bien de la parte. Según esto, corresponde al prudente gobernador descuidar algún defecto parcial para aumentar, en consecuencia, la bondad del todo. Pero si se suprimiera el mal de algunas partes del universo, se perdería mucho de su perfección, porque su belleza se nos muestra por la ordenada conjunción de males y de bienes, ya que los males provienen cuando fallan los bienes y, esto no obstante, su resultado es la aparición de muchos bienes por la Providencia del gobernador. Por lo tanto, la Divina Providencia no debió excluir el mal de las cosas.

Las cosas, y principalmente las inferiores, se ordenan al bien del hombre como a su fin. Pero, si en ellas no hubiera mal alguno, disminuiría considerablemente el bien del hombre en cuanto al conocimiento y también en cuanto al deseo y amor al bien. Pues el bien se conoce mejor si lo comparamos con el mal, y cuando sufrimos algunos males, deseamos con más ardor los bienes; tal como los enfermos conocen perfectamente qué buena sea la salud, puesto que la desean con más ardor que los sanos. Luego no corresponde a la Divina Providencia suprimir totalmente de las cosas el mal.

Es evidente que las acciones malas, en cuanto deficientes, no proceden de Dios, sino de las causas próximas que fallan; sin embargo, en cuanto a lo que tienen de actividad y de entidad es preciso que procedan de Dios.

En referencia al orden que incluye la Providencia se manifiesta que Dios “posee” ciencia de todas las cosas conociéndolas profundamente. Este conocimiento se refiere a aquellas que existen de hecho y a aquellas que están en su poder o en el de las creaturas. Algunas de estas últimas reciben el nombre de futuros contingentes. Dios **conoce todos los contingentes** puesto que mira todas las cosas desde toda la eternidad, porque está por encima del tiempo.

En cuanto al querer de Dios no corresponde afirmar que lo que ÉL quiere lo quiere necesariamente. Dios quiere necesariamente su bondad y las demás cosas las quiere en cuanto ordenadas a su bondad como a un fin. Sin embargo, supuesto que las quiere, no puede no quererlas porque su voluntad no puede cambiar.

La voluntad de Dios impone necesidad a algunas de las cosas que quiere pero no a todas. Si la voluntad de Dios es eficazísima, no sólo se producirá lo que ÉL quiere, sino también del modo que ÉL quiere que se produzca. Dios con el objeto de que haya orden en los seres para la perfección del universo, quiere que unas cosas se produzcan necesaria y otras contingentemente.

Dios quiere algunos bienes particulares más que otros pero de ninguna manera quiere el mal de culpa. En cuanto al mal de defecto natural y al mal de pena, los quiere al querer cualquiera de los bienes que van unidos. Ni Dios quiere que se haga el mal ni quiere que no se haga, lo que quiere es permitir que se haga.

. Dios puede todo lo posible

Cuando se plantea el problema del mal se cuestiona que si Dios existe y existe el mal es porque “no puede contra él” y por lo tanto no es omnipotente o quiere que el mal exista y, entonces es bueno.

Respeto a la omnipotencia de Dios, es preciso destacar que Dios puede todo lo posible. Y entre los posibles está comprendido **todo lo que no implica contradicción**. Es más exacto decir “no puede ser hecho” que “Dios no puede hacerlo”.

Habiendo señalado que lo que implica contradicción no cae bajo la omnipotencia de Dios, Dios no puede hacer que las cosas pasadas no hayan sido porque implica contradicción.

Asimismo Dios no obra por necesidad, sino que la causa de todas las cosas es su voluntad, que tampoco está determinada a las actuales cosas. Absolutamente Dios puede hacer cosas distintas de las que previó y predeterminó hacer; sin embargo, es imposible que haga algo que no haya previsto y predeterminado que haría porque la realidad del hacer está sujeta a la presciencia y a la predeterminación, pero no el poder de hacer, que es natural.

También en general Dios puede hacer mejores las cosas que hace. En cuanto al modo de ser de lo hecho puede darles un mejor modo de ser en cuanto a los accidentes, aunque no es cuanto a la esencia. El universo, mientras conste de lo que actualmente integra, no puede ser mejor debido a que el orden dado, que es el bien del universo, es insuperable. Si algo fuese mejor se destruiría la proporción del orden. Aun así, Dios podría hacer cosas distintas o añadir otras a las que ya hizo, y el universo sería mejor.

IV. CONFIANZA Y MISTERIO

1. “La insignificancia del mal y el esclarecimiento del misterio”

Al haber acompañado a Santo Tomás en su análisis acerca de “la esencia del mal” y todas sus implicancias, el mal pareciera perder consistencia.

Si el mal es privación, se funda en el bien, no destruye totalmente el bien, no tiene esencia, es causado por el bien, es causa accidental..., entonces ¿qué es aquello que llaman “el misterio del mal”?

Al observar la debilidad del mal se presenta inmediatamente el esclarecimiento o incluso la desaparición del misterio. No hay misterio, si el mal es algo tan insignificante. Si embargo, el nudo a desatar parece continuar firme ¿Por qué? Si el mal es algo tan “inconsistente”, ¿de dónde proviene la fuerza de la objeción?

Aun cuando racionalmente veamos la debilidad del planteo, ¿cómo quien atraviesa la experiencia del dolor no puede evitar enfrentarse a esa oscuridad interior?

Lo sorprendente es la vigencia y la profundidad (aunque sea aparente) de la objeción aun cuando el mal pierda valor.

Si desaparece el mal, desaparece el misterio que lo envuelve. Pero aquí aun cuando “el mal se desvanece”, el misterio sigue presente.

2. La existencia de un mundo físico y la infalibilidad de la Divina Providencia

Encontramos un mundo físico ordenado con naturalezas objetivamente existentes pero que a su vez tienen posibilidad de fallar.

En el mundo físico pueden hallarse dos tipos de contingencia:

- propiamente contingencia: generación y corrupción.
- Un *per accidens*: resultante de la posibilidad de fallar del ente finito.

La existencia de un mundo físico contingente y la consideración de la infalibilidad de la Divina Providencia parecieran ser irreconciliables. Esto es o la Divina Providencia es infalible y entonces el mundo creado no falla; o el mundo creado falla y entonces la Divina Providencia no es infalible.

Santo Tomás afirma la existencia de un mundo físico y la infalibilidad de la Divina Providencia sin por eso dejar de reconocer la contingencia y el *per accidens*. Esto quiere decir no que Dios quiera el

mal por el mal mismo sino que lo permite. Si lo hace, en tanto que es perfecto, es para obtener un bien mayor o para evitar un mal mayor.

Surge aquí la noción de tolerancia. Esta permisión del mal por parte de Dios ha de ser perfecta ya que su inteligencia es infinita y su plan perfecto.

En cuanto al universo físico creado las fallas constituyen los males tolerados, pero los resultados de las mismas son los bienes queridos.

Entonces, se admite por tolerancia un desorden particular en la causa segunda que se incluye en el orden universal de la causa primera (la Divina Providencia) pero sin por ello dejar de ser desorden. Esta permisión se realiza para que se manifieste mejor la diversidad de grados de perfecciones y para que el hombre aumente su fortaleza.

Respecto al orden universal de la causa primera que no falla hay orden en cuanto estas fallas se ordenan al bien del todo; pero hay desorden en cuanto a las causas segundas particulares.

Es cierto que Dios podría haber creado un mundo físico sin fallas pero de hecho no lo hizo. Si no lo ha hecho, es preciso afirmar que las razones por las cuales ha decidido crear lo creado han de ser muy buenas.

Pero no lo ha hecho puesto que no está determinado a obrar de un modo específico sino que su libertad es libérrima. En un mundo gobernado por su Providencia en el que las privaciones están ordenadas al bien del todo se manifiesta mejor la inteligencia de Dios. Así es que Dios tampoco puede crear lo contradictorio sin que esto sea una limitación sino la manifestación de su mismo ser.

De igual modo pareciera que es contradictorio un Dios que permita que el hombre a través de su obrar pueda “introducir” el mal en el mundo. Es cierto que el libre albedrío implica contingencia y *per accidens* resultante de su libre albedrío no proviene de una privación, pues el libre albedrío es una perfección. A la Divina Providencia no le corresponde quitar las perfecciones que permiten a las cosas alcanzar su fin y el libre albedrío es una perfección que permite al hombre llegar a su fin último.

Surge también la cuestión de cómo se incluye en el plan de Dios el *per accidens* que se produce por el encuentro no planificado de los seres humanos en ejercicio de su libre albedrío. El problema es el siguiente: o la Divina Providencia es infalible, por lo cual no hay real casualidad; o hay real casualidad y no hay Divina Providencia. Al producirse “estas casualidades” puede ocurrir que las acciones libres realizadas en ese encuentro sean conformes al fin último del hombre y por lo tanto éste es querido por Dios, pero si son moralmente malas, son toleradas.

Lo que sucede es que hay un *per accidens* que es casualidad en el orden particular y al mismo tiempo y sin contradicción es querido o tolerado por Dios en el orden universal de su Providencia.

Conclusión

A través de este trabajo he intentado profundizar el misterio por el cual Dios permite el mal. Es por ello que hemos distinguido, en primer término, entre un problema y un misterio y se ha señalado que nos encontrábamos frente a un tema que se halla encuadrado dentro de los límites de la filosofía. Se observó que las diversas actitudes vivenciadas a lo largo de esta investigación llevaban a enfrentarnos con el misterio. Asimismo se hicieron presentes las dificultades en el conocimiento de Dios.

Se partió de dos supuestos fundamentales: Dios y el padecimiento del mal en el mundo y se trató la cuestión en el marco de los planteos que realizaron W. Leibnitz y Santo Tomás de Aquino.

Con Leibnitz comprendimos que algunas veces se permite una imperfección en la parte para que se de la perfección del todo o que se obtenga un bien mayor. Nos muestra este autor las dificultades gnoseológicas que surgen al querer ver cómo Dios ve; esto es, penetrar en las razones y en el amor con el cual Dios dispone todas las cosas. Así es que señala que preguntamos a Dios acerca de la existencia del mal en el mundo porque no alcanzamos a ver el conjunto de lo creado. Si pudiésemos ver como Dios ve llegaríamos a comprender las razones que lo mueven a obrar del modo en que lo hace.

En cuanto a la tesis del mejor de los mundos posibles que en un primer acercamiento pareciera ser bastante coherente lleva en sí el determinismo por el cual Dios necesariamente debe obrar del mejor modo posible y ha de crear el mejor mundo.

Pero no debe olvidarse que la libertad de Dios es libérrima y que si ha creado este mundo lo ha hecho así porque ha querido. Es preciso aquí señalar que si lo ha querido, las razones que ha tenido para hacerlo de esta manera deben ser muy buenas; aún cuando nosotros no podamos conocerlas.

Algunas veces sucede que nos preguntamos acerca de nuestra libertad por la cual introducimos el mal en mundo sugiriendo que más perfecto sería que se diera necesidad absoluta del bien. Pero si esto fuera así, se destruiría la contingencia de las cosas.

Distingue Leibnitz entre voluntad antecedente y voluntad consecuente. Señala que si bien Dios no quiere el mal, en algunas ocasiones lo permite siendo éste producto de la voluntad consecuente de Dios.

Santo Tomás puso especial énfasis en el hecho de que el mal es privación y como tal se funda en el bien.

Señala el Santo que Dios tolera imperfecciones en los singulares a fin de que se alcance la perfección del todo.

Muestra que la Divina Providencia no excluye el obrar de las causas segundas ni la contingencia de las cosas, dejaría de existir la libertad del hombre por la cual no está determinada a ningún objeto particular. El libre albedrío no constituye una imperfección para los hombres sino por el contrario este es aquello que nos constituye como personas.

Surge la cuestión acerca de si Dios puede evitar la existencia del mal. Se pregunta aquí sobre su omnipotencia y su bondad. Si no puede no es todopoderoso. Si puede y no lo hace, no es bueno.

En este punto hicimos mención de aquello que es posible mostrando qué es lo que no implica contradicción.

En el análisis que realiza Santo Tomás del misterio del mal pareciera resultar que esta cuestión no tiene consistencia. Esto es, al mostrar que el mal no tiene esencia, es privación, se funda en el bien... desaparece el misterio. Pero aun cuando es así, el hombre sigue invadido por la experiencia del mal sintiendo no sólo la presencia de éste en su vida sino un profundo desgarramiento que inunda el corazón manifestándonos las distintas caras de esta vivencia que en nada se parece a algo tan insignificante como es el mal.

Entonces, aún cuando el mal “posee” poca solidez el misterio que debiera desaparecer continúa presente. La fuerza de la objeción del mal a que Dios es proviene de la ausencia que implica ser una privación y estar atravesando por la experiencia del mal.

El peso de esta objeción proviene del padecimiento del mal que no nos deja ver. No tenemos la mirada atemporal de Dios. Toda reflexión acerca de este misterio surge a partir del propio dolor. Es la pasión personal aquello sobre lo que se funda la fuerza de la objeción.

Al penetrar en este misterio e intentar dar una respuesta encontramos que es más fácil elaborar una teoría acerca de esto que llevarlo a la práctica. Se manifiesta aquí la dificultad de unir lo especulativo y la realidad. Conocemos el misterio del mal pero al ser invadidos por la experiencia del dolor parecieran no alcanzar las teorías.

Así como la pasión de Cristo “cobra sentido” con la resurrección, tres días después, es cierto que aún cuando no podamos comprender al estar inmersos en el sufrimiento, sí podemos ejercitarnos para poder mirar retrospectivamente y comenzar a encarnar en nuestra vida aquello que de este misterio hemos podido contemplar.

Sin embargo, aunque la experiencia del mal se nos manifieste de modo irracional y profundamente hemos de confiar en que un Dios, Sabio y Bueno dispone, ordena y cuida todas las cosas para que éstas alcancen la perfección y la felicidad.

Es preciso creer en que las Razones que ha de tener el Autor del Universo para permitir el mal en el mundo han de ser muy buenas y “encajan” perfectamente en el Plan de Dios, aún cuando no podamos penetrar estos motivos ni ver como Dios ve.

Confiemos en el Inmenso Amor y la Eterna Sabiduría con que se han creado, se disponen y conservan todas las cosas.